

Un individualismo puede esconder otro

Jacques Le Goff

Vuelta generalizada a los valores de lo privado (rehabilitación de la familia, crecimiento de las actividades domésticas. . .), epidemia de narcisismo que culmina en una preocupación casi obsesiva por el cuerpo y la salud, propensión a abandonar las grandes instituciones de representación tipo partido y sindicato, crisis de la política y del propio Estado nacida de una duda sobre su capacidad de encarnar el interés común...

Estos síntomas permiten designar sin equívocos al culpable: el individualismo que ha invadido subrepticamente la sociedad francesa a través de todos sus poros durante los últimos años. En un trabajo de termitas, este individualismo —se nos dice— estaría a punto de reducir lo social al estado de esponja. Entonces, después de la "muerte de Dios" y la "muerte del hombre", ahora "la muerte de lo social".

La cuestión es seria y merece una reflexión. No quedan dudas que si el crecimiento del individualismo corresponde a la generalización de comportamientos de retracciones sobre sí mismo o sobre el grupo de pertenencia, en una actitud de desconfianza y de agresividad hacia el resto de la sociedad, tenemos todo el derecho de estar particularmente inquietos. A largo plazo, la sociedad corre el riesgo de parecer una playa de caracoles cuando baja la marea. Y, debemos confesar, que no son ni los discursos dominantes sobre la inseguridad con todo su simbolismo tan siniestro de protección y de encierro, ni el gregarismo peligroso de pueblos tan dispuestos a fundirse en la corte vociferante de brazos extendidos, los que pueden dar seguridad.

Conocemos suficientemente el secreto contubernio de este individualismo represivo con la dictadura y el totalitarismo para temer su efecto de seducción.

Pero este fenómeno no tiene una cara más positiva y verdaderamente esperanzada? Podemos en efecto legítimamente preguntarnos si, lejos de significar la muerte de lo social, el surgimiento del individualismo no es un augurio del renacimiento sobre bases completamente nuevas. La crisis, en esta hipótesis, no marcaría las primeras horas de una lenta agonía sino el paso de un estado a otro, a la imagen por ejemplo, de la crisis de la adolescencia. No estamos acaso hoy en día retomando cuestiones que

habíamos creído superadas, sin interés y que no podíamos evocar sin correr el riesgo de aparecer reaccionarios o desmovilizadores: la cuestión del individuo, la cuestión del hombre y su responsabilidad personal o colectiva en la sociedad. Es cierto, estábamos tan convencidos, nos habían convencido, que la máquina social, económica y política podía funcionar sin nosotros, sin nuestra intervención responsable, que todas estas cosas tan complicadas no nos concernían. Hasta el día que tuvimos que tomar conciencia de la impostura y nuestra timidez.

Es ciertamente el fin de lo social totemizado, anexado por lo económico y lo político como un niño rebelde, de lo social que venía a nosotros como el espejo de nuestras impotencias. He aquí que regresa finalmente a la sociedad, volviendo a colocar en el centro del debate la cuestión medular de la implicación de cada uno en su modo de funcionamiento el tema de la responsabilidad individual tanto tiempo dejado de lado en una visión mecánica de la sociedad. Dicho de otra manera, la cuestión del sujeto como actor de un escenario que había abandonado. En adelante nadie podrá volver a decir con toda franqueza: "No mi importa...". "Que quieres que haga...", "Es el Estado el que. ..",

Por el contrario, cada uno se siente implicado en una situación de crisis pues conciencia que la salida también depende él, de su decisión, de su opción. Ciertamente, el Estado mantiene la misión eminente de animar el juego social a través de la definición de orientaciones movilizadoras. Pero la pelota está claramente en el de la sociedad. Es de ella, es decir de nosotros, de cada uno de nosotros, que depende el éxito de la única estrategia capaz de preservarnos de la fractura de la sociedad: la solidaridad y el compartir. La política vuelve a convertirse en aquello que nunca debió haber dejado de ser: algo que nos incumbe directamente.

Las mentalidades ya comienzan a evolucionar: cada vez más asalariados admiten la posibilidad de compartir el trabajo como alternativa a la cesantía de sus compañeros, los empleados públicos se cuestionan sobre los deberes que implica el extraordinario privilegio que es la certeza sobre el futuro, miles de personas se movilizan en grupos y asociaciones para enfrentar juntos el problema de la pobreza material y moral...

¿No es esto el signo de que vuelve a palpar discretamente la vieja idea de ciudadanía, de la pertenencia responsable a la misma "ciudad"?

Nueva conciencia de las relaciones sociales, nuevo modo de presencia en el mundo en la comunidad de los hombres. El nuevo individualismo es también esto indiscutiblemente. Después de todo, no es acaso alguien que fue, como todos los pensadores anarquistas, señalado equivocadamente de individualismo a ultranza quien confesaba sublimemente: "Yo solo soy verdaderamente libre cuando todos los seres humanos que nos rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. . . Solo soy libre en la libertad de los otros" (Bakunin). ¡Quien puede renegar de este individualismo!!!.

(tomado de la revista francesa VIE NOUVELLE - julio 1986 Traducido por
MARÍA LAURA BARRAL).